

EL LENGUAJE DE LA GUERRA CRISTERA EN LOS RECUERDOS DEL PORVENIR DE ELENA GARRO

Rocío Luque*

Nuestro objetivo es el de analizar la lectura que la novela *Los recuerdos del porvenir* (1963) de Elena Garro hace de la Guerra Cristera –el conflicto armado que tuvo lugar en México desde 1926 hasta 1929 entre el gobierno y las milicias católicas– y el lenguaje que emplea con referencia a los movimientos religiosos y migratorios.

The language of the Cristero War in Recollections of Things to Come by Elena Garro
Our goal is to analyze the reading that Elena Garro's novel *Recollections of Things to Come* (1963) provides of the Cristero War – the armed conflict that took place in Mexico from 1926 to 1929 between the government and the Catholic militias – and the language she uses with reference to religious and migratory movements.

Il linguaggio della Guerra Cristera ne I ricordi dell'avvenire di Elena Garro
Il nostro obiettivo è quello di analizzare la lettura che il romanzo *I ricordi dell'avvenire* (1963) di Elena Garro fornisce della *Guerra Cristera* – il conflitto armato che ha avuto luogo in Messico dal 1926 al 1929 tra il governo e le milizie cattoliche – e il linguaggio usato in riferimento ai movimenti religiosi e migratori.

Introducción

La Guerra Cristera, también llamada Cristiada o movimiento cristero, es el conflicto armado que tuvo lugar en México entre 1926 y 1929¹ tras la voluntad del general Plutarco Elías Calles de aplicar los conflictivos artículos constitucionales que regulaban la delicada cuestión religiosa mexicana. Frente a la Ley Calles, que proponía limitar el culto católico en la nación y ordenaba la persecución religiosa, el pueblo se rebeló dando lugar a un enfrentamiento doloroso entre milicias compuestas en su mayor parte por campesinos del Centro-Oeste

* Università di Udine.

¹ El conflicto, no obstante, tuvo un rebrote de menor entidad desde 1934 hasta la rendición del último cristero en 1940 (López 36).

del país² y federales del general Amaro, secretario de guerra del gobierno Calles. La Guerra Cristera, de hecho, constituyó el único movimiento armado de masas de la década de los años veinte contra esos políticos (Aguilar Camín 96-97), una guerra del pueblo que costó en tres años noventa mil muertos y que determinó que salieran aún más migrantes internos e internacionales de la región más afectada (los estados de Jalisco, Michoacán y Guanajuato)³.

En la historiografía, se había pretendido disminuir la importancia de este acontecimiento relegándolo al olvido y hubo que esperar unos cuarenta años para que un investigador extranjero, Jean Meyer, hurgara en esa herida nunca cerrada del todo. *La Cristiada* (1973-1975), su estudio en tres tomos, fue una obra fundamental⁴ gracias a la cual los acontecimientos del conflicto religioso fueron perdiendo su carácter de tabú (Poniatowska 204) y empezaron a recibir una mayor atención por parte de los historiadores. En el campo literario, en cambio, prácticamente desde el comienzo de la guerra, muchos autores encontraron en ella un motivo de inspiración literaria y, así como hay una novela de la Revolución, existe también una narrativa cristera⁵, cuyos principales exponentes son Jorge Gram, Fernando Robles, Claudio Álvarez, Jesús Goytortúa Santos, Carlos María de Heredia, Luis Rivero del Val, Jaime Randd, Severo García y José Guadalupe de Anda (Albarrán *et al.* web).

Si bien la obra del historiador y ensayista Jean Meyer, como decíamos, fue un primer estudio en el proceso de recuperación de la memoria popular, así como en el conocimiento de los verdaderos orígenes de ese movimiento revolucionario, una vez más Elena Garro se adelanta a su tiempo con *Los recuerdos del porvenir* (1963), una novela en la que la autora rescata a los cristeros del olvido y les reconoce una conciencia de lucha (Molena Sevilla de Morelock 90). La obra maestra de Garro se diferencia llamativamente de las narraciones de este género producidas en su época porque en vez de tomar la crónica de la Revolución Mexicana –precisamente el periodo de la dictadura de Plutarco

² Entre ellos, como señala Jean Meyer, se encontraban «descamisados, huarachudos, gabanudos, comevacas, muertos de hambre» (Meyer 16).

³ Si bien las razones económicas siempre han tenido un gran peso en los asuntos migratorios, a partir de la Revolución Mexicana de 1910 la crisis política fue un motivo más para emigrar. Ciudades como México o Guadalajara recibieron amplios contingentes de población que huía del campo. Asimismo, hubo un incremento en el volumen de la migración internacional hacia los Estados Unidos (Durand 34).

⁴ A continuación, Jean Meyer publicaría *Antología del cuento cristero* (1993) y *El coraje cristero. La rebelión de Bayacora* (2007).

⁵ Los representantes de esta corriente, no obstante, precisamente porque la Cristiada no era el orgullo de los mexicanos, no alcanzaron la difusión que tuvieron, por ejemplo, Mariano Azuela o Martín Luis Guzmán, autores de narrativa de la revolución (Vázquez Parada 1).

Elías Calles y la Rebelión de los Cristeros— como algo dado, la autora la cuestiona a cada instante (Balderston 96). Nuestro objetivo, por consiguiente, es el de analizar la lectura que la novela ofrece de la Guerra Cristera y el lenguaje que Garro utiliza con referencia a los movimientos religiosos y migratorios en este proceso de desnudamiento de la historia oficial.

Palabras que revelan

La novela de *Los recuerdos del porvenir* comienza con el pueblo Ixtepec, entidad monologante, que, contemplándose desde el porvenir en el momento presente de la imagen de una piedra y en el variado espejo de su memoria, nos narra su historia reelaborando el pasado histórico reciente de México y deteniéndose precisamente en el momento en que Plutarco Elías Calles decreta el cierre de las iglesias y la suspensión del culto (1926) y en el que se encuentra rodeado por fuerzas gubernamentales al mando del general carrancista Francisco Rosas, cuyo papel consiste en vigilar el cumplimiento de las leyes revolucionarias.

La aplicación por parte de Calles de las leyes de la Reforma religiosa, que desembocó en la Guerra Cristera, no fue más que un modo, según Elena Garro, para evitar la Reforma agraria prometida por los generales de la Revolución y que el pueblo luchara por la repartición de las tierras, como se refleja en la siguiente observación de Ixtepec:

Hubo un momento, cuando Venustiano Carranza traicionó a la Revolución triunfante y tomó el poder, en que las clases adineradas tuvieron un alivio. Después, con el asesinato de Emiliano Zapata, de Francisco Villa y de Felipe Ángeles, se sintieron seguras. Pero los generales traidores de la Revolución instalaron un gobierno tiránico y voraz que sólo compartía las riquezas y los privilegios con sus antiguos enemigos y cómplices en la traición: los grandes terratenientes del porfirismo (Garro 75)⁶.

Hay una idea de repetición, ya que nada cambió con el triunfo de la Revolución y el poder sigue estando en manos de las mismas clases sociales. Para la autora el conflicto religioso fue una ‘causa fabricada’ por el Gobierno posrevolucionario para distraer de la repartición de tierras y, de paso, acabar con los campesinos descontentos que reclamaban que se les devolvieran sus tierras (Portal 267)⁷. En una entrevista con Joseph Sommers, de 1965, Garro explica el

⁶ Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* afirma que: «El porfirismo fue en realidad el heredero del feudalismo colonial» (175), ese feudalismo que había sido precisamente una de las causas de la guerra de independencia.

⁷ Garro insiste en la novela: «las relaciones entre el Gobierno y la Iglesia se habían vuelto

pacto que la vieja clase oligarca, los porfiristas que poseían las tierras, y la nueva clase dominante, los generales que ganaron la Revolución, hicieron con la Iglesia Católica a través del Arzobispo de México para provocar un conflicto religioso:

JS: Pero tú dices que Calles, el líder revolucionario, tiene en parte responsabilidad.
EG: Claro, Calles y Obregón. Calles y el Arzobispo de México hicieron la revolución cristera. Mira, tomaron el poder cuando Obregón estabilizó la revolución. (Yo me estudié muy bien la revolución). El ministro de Guerra era Juanito Barragán. Entonces, pactaron Calles, Obregón y Barragán y un grupo de generales corruptos y pactaron en seguida con la Iglesia porque en México no se puede hacer nada sin la Iglesia católica. Y la Iglesia católica pacta siempre con el poder, con el que está en el poder. Y pactaron con los porfiristas. Tú ves que inmediatamente después los porfiristas volvieron a tener los latifundios. Los generales expropiaron algunos latifundios para ellos, y cuando el pueblo empezó a pedir las tierras, Calles hizo algunos decretos expropiatorios. Y luego no se repartió hasta Cárdenas. En ese lapso de catorce años hubo la revolución cristera que fue alimentada por la Iglesia y por el callismo para impedir la reforma agraria, para impedir el reparto de tierras (Sommers 208).

Según Garro, la cuestión agraria se repite a causa de la corrupción, que en *Los recuerdos del porvenir* representa con las figuras del nuevo rico Rodolfo Gorívar, que mueve las mojoneras que limitan sus haciendas ganando tierras gratuitas sin importarle las amenazas de los agraristas, y del general Francisco Rosas, que recibe a cambio fuertes sumas de dinero y se preocupa tan solo por ahorcar a los indios.

El propósito de la autora, pues, es el de revelar con la obra qué se esconde debajo de la denominada ‘cuestión religiosa’, cuáles son las verdaderas intenciones de los gobernantes y, sobre todo, llamar las cosas por su nombre, como cuando afirma «¿Qué traición y qué patria? La Patria en esos días llevaba el nombre doble de Calles-Obregón. Cada seis años la Patria cambia de apellido» (282), con palabras que revelan que la patria no es más que un instrumento en manos del presidente de turno.

tirantes. Había intereses encontrados y las dos facciones en el poder se disponían a lanzarse en una lucha que ofrecía la ventaja de distraer al pueblo del único punto que había que oscurecer: la repartición de las tierras. Los periódicos hablaban de la ‘fe cristiana’ y los ‘derechos revolucionarios’. Entre los porfiristas católicos y los revolucionarios ateos preparaban la tumba del agrarismo. Hacía menos de diez años que las dos facciones habían acordado los asesinatos de Emiliano Zapata, de Francisco Villa y de Felipe Ángeles, y el recuerdo de los jefes revolucionarios estaba fresco en la memoria de los indios. La Iglesia y el Gobierno fabricaban una causa para ‘quemar’ a los campesinos descontentos» (166).

Palabras que figuran

En el momento en el que los voceadores de los diarios anuncian la suspensión de los cultos y, por ende, el cierre de las iglesias que, a través del arte figurativo, son la representación del catolicismo, Ixtepec se invade de rumores. Se oye el grito de un hombre del pueblo arrojando su sombrero al aire («¡Vale más morir peleando!», 172)⁸ coreado con el ‘hijos de la chingada’ de todas las voces de Ixtepec; suenan las palabras del sacristán Don Roque que anuncia que antes de la suspensión de los cultos el padre Beltrán daría la bendición a los que la pidieran y bautizaría a los inocentes que no habían recibido el sacramento («Las palabras del sacristán sonaron graves y la gente guardó silencio», 173); se oye el grito de la criada Charo con la banda azul de Hija de María cruzada al pecho («¡Correrá la sangre de los mártires!», 173); corre de boca en boca entre los pilares de la nave de la iglesia la admonición de doña Ana a Francisco Rosas («¡Hijo de siete madres no verá la luz del día!», 174); llegan los primeros disparos con la profecía de doña Ana («Va a haber muertos...», 176) y las amenazas hacia su responsable desde los árboles y los tejados («¡No hay mal que dure cien años!...», «¡El que al cielo escupe a la cara le cae!», «¡Mira, Francisco, te vale que soy mansito!», 177).

A los pocos días el general Francisco Rosas convierte el curato en Comandancia Militar y manda hacer una hoguera con las imágenes del templo y los papeles de los registros parroquiales. A falta de un apoyo visual («Así fue como vi arder a la Virgen y vi también su manto convertido en una larga llamarada azul», 178), Ixtepec cae en un silencio y en una inmovilidad temporal absolutas:

Siguieron unos días callados y luego volvieron los motines inútiles y sangrientos. Me invadió un rumor colérico. Yo ya no era el mismo con la iglesia cerrada y sus rejas vigiladas por soldados que jugaban en cuclillas a la baraja. Me preguntaba de dónde vendrían aquellas gentes capaces de actos semejantes. En mi larga vida nunca me había visto privado de bautizos, de bodas, de responsos, de rosarios. Mis esquinas y mis cielos quedaron sin campanas, se abolieron las fiestas y las horas y retrocedí a un tiempo desconocido. Me sentía extraño sin domingos y sin días de semana. Una ola de ira inundó mis calles y mis cielos vacíos. Esa ola que no se ve y que de pronto avanza, derriba puentes, muros, quita vidas y hace generales (177).

Este proceso de desintegración recae también sobre los hombres de la iglesia: el padre Beltrán huye frente al peligro de ser detenido («Nosotros preferíamos creerlo andando por un camino seguro, lejos de Rosas, con su

⁸ A partir de ahora se indican las referencias a la edición de 2011 de *Los recuerdos del porvenir* de Elena Garro con el número de página entre paréntesis.

larga sotana flotando entre las milpas verdes», 178); mientras que el cuerpo del sacristán don Roque desaparece misteriosamente ante los ojos de los militares que le habían dado una pedriza en la cabeza. Junto con ellos mueren campesinos y militares: «Los hombres de Ixtepec desaparecían y en las mañanas encontrábamos los cuerpos de algunos, mutilados y tirados en los llanos que me rodean. Otros más se nos perdían para siempre o se iban a no sabemos dónde» (178).

Tras la desaparición de don Roque, la Comandancia Militar gira la orden de catear las casas de la vecindad, un cateo que en realidad es también un intento de definición de lo que es un ‘muerto’ («¡Un muerto no se pierde!», 185; «¡Un difunto es un difunto!», 186) por parte de Rosas («¡Tiene que aparecer!– insistió Rosas aferrándose a sus palabras como a la única realidad en aquel pueblo irreal que había terminado por convertirlo a él también en un fantasma», 196). Tal y como una metáfora expresa una situación en términos de otra, en una ausencia que representa el poder creativo de la lengua (Eco 199), en *Los recuerdos del porvenir* cualquier referente pierde cuerpo:

- «Nada tenía cuerpo en Ixtepec, ni siquiera el sacristán que había muerto sin dejar cuerpo. El pueblo entero era de humo y se le escapaba de entre las manos» (196);
- «[...] se reían de la agilidad del cuerpo de don Roque para escabullirse de las manos de sus asesinos» (197);
- «Ixtepec se le escurría como una serpiente» (197).

Junto con las dos primeras metáforas y la comparación ontológica, resultan ser muy significativas las siguientes palabras, en las que abundan prefijos de semantismo negativo (‘des-’ e ‘in-’) o el prefijo terminativo ‘ex’; colocaciones construidas con la preposición ‘sin’, que denota carencia o falta de algo; el adverbio temporal ‘nunca’, que anula el tiempo; el adjetivo indefinido ‘otro’, que indica una realidad distinta; el término nulo ‘silencio’:

La duda de su asistente lo devolvió a la irrealidad de su vida en Ixtepec: también Corona se desintegraba en esa luz ajena. ¿Y él, Francisco Rosas? Lo perseguían gritos sin boca y él perseguía a enemigos invisibles. Se hundía en un espejo y avanzaba por planos sin fondo y sólo alcanzaba el insulto de un árbol o la amenaza de un tejado. Lo cegaba el reflejo del silencio y de una cortesía que le cedía las aceras y la plaza. Así le habían arrebatado a Julia, engañándolo con gritos que nadie profería y enseñándole imágenes reflejadas en otros mundos. Ahora se la mostraban en los muertos equivocados de los árboles y él, Francisco Rosas, confundía las mañanas con las noches y los fantasmas con los vivos. Sabía que se paseaba en el reflejo de otro pueblo reflejado en el espacio. Desde que llegó a Ixtepec, Julia se le extravió en esos pasadizos sin tiempo. Allí la perdió y allí la

seguiría buscando, aunque Ixtepec nunca le diera la palabra que correspondiera con el hecho (196)⁹.

Frente a la burla de Ixtepec, origen de la desdicha del general, observamos cómo en este proceso de desintegración lingüística la búsqueda de Francisco Rosas adquiere significación: «Él andaba en busca de algo más intangible, perseguía la sonrisa de un pasado que amenazaba esfumarse como una voluta de humo. Y ese pasado era la única realidad que le quedaba» (197-198).

En esta inanidad, los habitantes de Ixtepec esperan («¿Vendrán?». No. Nadie venía. Nadie se acordaba de nosotros. Sólo éramos la piedra sobre la cual caen los golpes repetidos como una imperturbable gota de agua», 178). Esperan la llegada de Abacuc, un antiguo zapatista que había dejado las armas tras el asesinato de Zapata a manos de Carranza para dedicarse al pequeño comercio, pero que, al empezar la persecución religiosa, se retiró a la sierra para organizar la sublevación de los cristeros. Su llegada, es invocada a través de carteles pegados en las puertas de las casas y del curato con el Paño de la Verónica, el Rostro de Jesucristo y las palabras “¡Viva Cristo Rey!”:

Abacuc dormía de día y en la noche aparecía dando un alarido en los pueblos vecinos. Mataba a los soldados, liberaba a los presos e incendiaba las cárceles y los archivos. Los hombres lo acogían juntando sus alaridos a los suyos y descalzos corrían detrás de su caballo que volvía a desaparecer en los vericuetos de la sierra. Alguna noche Ixtepec oiría su grito: “¡Viva Cristo Rey!”, y eso sería la última noche de Francisco Rosas (198).

Durante noches y noches, en el pueblo se repitió el baile del grito y de los soldados que zigzagueaba por sus vericuetos y sus calles (200), en este proceso en el que, por una parte, cualquier referente se desintegra, y en el que, por otra parte, las palabras logran tomar cuerpo, a través de la metaforización y de la humanización, y sustituirse así a las imágenes religiosas destruidas o a los habitantes del pueblo desaparecidos.

Palabras que petrifican

Para acabar con las hostilidades entre el pueblo y los militares, que han llegado a adquirir los rasgos de una guerra civil, las señoras de Ixtepec deciden ofrecerle al general Rosas y a sus hombres como ramito de oliva una fiesta, que tiene el poder de volver a hacer correr el tiempo:

⁹ El subrayado es mío.

El miedo mágicamente disipado con la palabra fiesta se convirtió en un frenesí que sólo encuentra paralelo en mi memoria con la locura que me poseyó durante las fiestas del Centenario. Recuerdo aquellos días vertiginosos y en mi memoria se confunden con los días anteriores a la fiesta de doña Carmen B. de Arrieta. [...] Ahora la fiesta al general Francisco Rosas corría por la estela luminosa dejada por las fiestas anteriores. Todos querían olvidar a los colgados de las trancas de Cocula. Nadie nombraba a los muertos aparecidos en los caminos reales. Mis gentes preferían el camino brevísimo de las luces de Bengala y de sus lenguas surgía la palabra fiesta como un hermoso cohete (211-212).

Dicha fiesta, en realidad, representaba la culminación de la oposición de Ixtepec a las medidas anticlericales, ya que debía encubrir a Juan y Nicolás Moncada que protegían la escapada del cura y del sacristán, que hasta el momento habían estado escondidos en la casa de los vecinos. Sin embargo, se transformará en una encerrona para el pueblo, puesto que los militares, que estaban sobre aviso de lo que se tramaba, atrapan *in fraganti* a los cristeros, devolviéndolos nuevamente a un tiempo inmóvil («[...] la fiesta se había paralizado. El miedo flotaba entre la música dejando quietas las ramas de los árboles y a los invitados. Los balcones silenciosos nos anunciaban la catástrofe sucedida en Ixtepec», 225; «En la balacera cayeron dos y se escapó el sacristán... [...] Las cuscas se sentaron sobre unas piedras y miraron con ojos secos el lugar en que habían muerto la Luchi y Juan Moncada. El cielo alto y redondo estaba inmóvil», 264). Se trata de una inmovilidad que no permite migración alguna ni por el tiempo ni por el espacio:

En su tiempo inmóvil los árboles no cambiaban de hojas, las estrellas estaban fijas, los verbos ir o venir eran el mismo¹⁰, Francisco Rosas detenía la corriente amorosa que hace y deshace las palabras y los hechos y nos guardaba en su infierno circular. Los Moncada habían querido huir para hallar el ir y venir de las estrellas y de las mareas, el tiempo luminoso que gira alrededor del sol, el espacio donde las distancias están al alcance de la mano; habían querido escapar al día único y sangriento de Ixtepec, pero Rosas abolió la puerta que nos lleva a la memoria del espacio y rencoroso los culpó de las sombras inmóviles que él había acumulado sobre nosotros (281).

Los ciudadanos aprehendidos son juzgados sumariamente al día siguiente. Juzgados, ¿de qué delito?, se pregunta Ixtepec. De traidores de la patria, patria que se ha identificado con las consignas antirreligiosas de los militares¹¹. Pero

¹⁰ En esta obra el verbo 'ir' coincide con el verbo 'venir', anulándose semánticamente, como en «las gentes iban y venían» (197) o «el ir y venir de los pasos y de las voces» (307), o cuando Julia dice: «no vengo, voy a...» (147) (Luque. *Los recuerdos...*: 354).

¹¹ A este propósito, resulta interesante la escena en la que Juan Cariño, el loco de Ixtepec, al oír que tendría que asistir al juicio vestido con la sotana del padre Beltrán (subterfugio

el proceso del padre Beltrán y los otros enjuiciados se convierte en la causa de Nicolás Moncada, que ante los jueces declara ser cristero y haberse querido unir a los alzados de Jalisco, y, tal y como antes se multiplicaba el grito de ‘¡Viva Cristo Rey!’, ahora se repiten por las calles y los tejados los ‘¡Viva Nicolás Moncada!’.

Pero en Ixtepec «la ilusión se paga con la vida» (284), y así la están pagando los tres hermanos Moncada que se habían prometido desde niños irse de ahí. Juan ya ha caído muerto en la huida preparada para salvar a padre Beltrán y a don Roque, Isabel se ha entregado como amante al general Francisco Rosas y Nicolás no puede sustraerse a la muerte de la inmovilidad:

Su pasado era esta celda de Ixtepec y la presencia continua de los centinelas. Recordaba su futuro y su futuro era la muerte en un llano de Ixtepec. La traición de Isabel abolió la muerte milagrosa. Ya no darían el paso hacia el misterio. ¿Y Juan? Ahora sabía que Juan había muerto como iba a morir él: de cuerpo entero, sin Isabel, eran sus cabellos, sus ojos y sus pies los que morían en un horror inmóvil; se vería desde adentro, agusanándose como los cuerpos hinchados de los muertos que encontraban de niños tirados en los llanos de Ixtepec. No había escapado al crimen, no había escapado a la muerte del pueblo (286).

El 5 de octubre se rompe el silencio con frases que guardan algunas esperanzas («Hoy leen las sentencias... Hoy entra Abacuc... Hoy hace algo Isabel...») y el día «desplegado sobre el valle parecía domingo, lleno de camisas rosa y alfajor de coco» (289). Pero el 5 de octubre no era domingo y las sentencias, que condenan a muerte a los presos, cayeron sobre la plaza «con el furor estúpido de una roca abatiéndose sobre una choza» (289), una plaza quieta, con los almendros inmóviles y la gente callada puesto que ya todo estaba dicho. Tras los fusilamientos en el camposanto de Ixtepec, el lugar escogido para la ejecución, se produce un silencio asombroso. También los militares callaban delante de los muertos que se desangraban en abundancia: «Los militares se miraron incómodos. ¿Para qué habían matado a aquellas gentes? Habían cometido un acto estúpido» (309).

Con la muerte de Nicolás Moncada, que no ha aceptado el perdón del general Rosas, también su hermana Isabel entra en un tiempo y en un espacio inmóviles:

utilizado para ayudarlo en la huida), estalla en cólera: «—El general ignora que desde 1857 existe la separación entre la Iglesia y el Estado? —No, señor, no lo ignoro —contestó humildemente el general. —Entonces, ¿cómo se atreve a volver permanente este fortuito cambio de investiduras?» (268).

Sus palabras giraron en el mundo sin ruidos de Isabel. El futuro no existía y el pasado desaparecía poco a poco. [...] De su corazón brotaban piedras que corrían por su cuerpo y lo volvían inamovible. “¡A las estatuas de marfil, una, dos, tres...!” La frase del juego infantil le llegaba sonora y repetida como una campana. Ella y sus hermanos se quedaban fijos al decirla, hasta que alguien a quien habían señalado en secreto pasaba por allí, los tocaba y rompía el encantamiento. Ahora nadie vendría a desencantarla; sus hermanos también estaban fijos para siempre. “¡A las estatuas de marfil, una, dos tres...!” Las palabras mágicas se repetían una y otra vez y el día también estaba fijo como una estatua de luz. Gregoria le hablaba desde un mundo ligero y móvil que ella ya no compartía. La miró sin pestañear (314).

El símbolo de esa inmovilidad es la piedra en la que Isabel Moncada es convertida cuando corre para ir al encuentro con su amante, en lugar de ir a la Virgen para que la cure del amor que siente hacia él. La reacción de la criada Gregoria al encontrarla es la de una buena cristiana:

aterrada se santiguó. Algo le decía que la niña Isabel no quería salvarse: estaba muy sembrada en el general Francisco Rosas. Gregoria se acercó a la piedra maldita y se dirigió a Dios pidiéndole misericordia. Toda la noche la pasó Gregoria empujando a la piedra cuesta arriba para dejarla a los pies de la Virgen, al lado de los otros pecadores que aquí yacen; hasta acá la subió como testimonio de que el hombre ama sus pecados (316).

Si bien son muchas las interpretaciones sobre el porqué Isabel se transforma en piedra¹², lo que sí queda claro es que esa piedra representa la inmovilidad en la que se encuentra el Ixtepec, ese Iguala literario donde el tiempo por ironía lingüística se iguala, donde está vigente la inmovilidad y el silencio, donde nada ocurre y se espera tan solo que algo rompa el hechizo¹³.

Como afirma Rosas Lopátegui, Ixtepec es el pueblo arrasado por un gobierno tiránico en donde los jóvenes no tienen posibilidades de cumplir sus sueños, los indios son vistos como bestias sin derechos a existir y el amor está condenado a fracasar. Todo muere en donde no hay autodeterminación, justicia, pluralidad, respeto e igualdad. Por eso en *Los recuerdos del porvenir* todos los personajes están muertos (12-13).

¹² Patricia Rosas Lopátegui apunta que podría haber ecos populares en la jerga en la que ‘piedra’ significa ‘prostituta’, o en la creencia en base a la cual las mujeres que andaban en malos pasos se transformaban en piedra (13). Helena Paz Garro, en cambio, afirma que su madre, al igual que la mujer bíblica de Lot, anticipa el arquetipo del alma en la piedra de Jung (71). Adriana Méndez Rodenas, por su parte, vislumbra el castigo del convidado de piedra de *El burlador de Sevilla* de Tirso de Molina (121).

¹³ Para ahondar en el tema de la petrificación histórica, véase Luque, Rocío. *España en la memoria de Elena Garro y Octavio Paz. Un discurso lingüístico y literario*.

La novela se cierra con el pueblo sentado sobre la piedra en la que se ha transformado Isabel, esa piedra sobre la cual Ixtepec había empezado a narrar su historia al comienzo de la obra:

Pasaron las semanas y los meses, y como Juan Cariño nosotros nunca más volvimos a ser nosotros mismos. También Francisco Rosas dejó de ser lo que había sido; borracho y sin afeitarse, ya no buscaba a nadie. Una tarde se fue en un tren militar con sus soldados y sus ayudantes y nunca más supimos de él. Vinieron otros militares a regalarle tierras a Rodolfito y a repetir los ahorcados en un silencio diferente y en las ramas de los mismos árboles, pero nadie, nunca más, inventó una fiesta para rescatar fusilados. A veces los fuereños no entienden mi cansancio ni mi polvo, tal vez porque ya no queda nadie para nombrar a los Moncada. Aquí sigue la piedra, memoria de mis duelos y final de la fiesta de Carmen B. de Arrieta. Gregoria le puso una inscripción que ahora leo. Sus palabras son cohetes apagados (317).

Ixtepec anuncia la repetición del pasado, con nuevos gobiernos que perpetuarán los mismos males. La fórmula litúrgica con la que Isabel Moncada cierra la inscripción que aparece sobre la piedra («Aquí estaré con mi amor a solas como recuerdo del porvenir por los siglos de los siglos¹⁴», 317), traducción de la locución latina *in saecula saeculorum*, que significa ‘para siempre’ o ‘eternamente’ y que cierra muchas oraciones para significar la eternidad de Dios, bien podría emplearse para la historia de México.

Locuciones como esta, así como términos que se anulan semánticamente (‘ir’ y ‘venir’), oxímoron como ‘recordaba su futuro’ y palabras que, tras una fugaz ilusión, llevan a la muerte, petrifican a los personajes de Ixtepec.

Conclusiones

John S. Brushwood ha escrito que *Los recuerdos del porvenir* es la mejor novela escrita sobre el periodo de terror de las rebeliones cristeras (Brushwood 91). Con esta obra, de hecho, Garro desempolvó y reveló con toda su crueldad uno de los temas prohibidos por la historia oficial y como ninguna novela mexicana retrata los horrores que vivió el país bajo la dictadura del hombre fuerte de la Revolución, Plutarco Elías Calles.

La autora usa el material histórico de la Cristiada en un diálogo entre ficción e historia¹⁵, y lo hace empleando de manera muy consciente el lenguaje, sin li-

¹⁴ La locución ‘por los siglos de los siglos’ posee además cierta petrificación semántica (Corpas Pastor 181).

¹⁵ Es una novela que podría definirse ‘metahistórica’ según la definición de Balderston (96).

mitarse al uso de fórmulas rutinarias con núcleos pertenecientes al ámbito religioso, tan abundantes en la lengua española (Corpas Pastor 170) y también en la novela en cuestión, como observamos en: «-¡Hombres de Dios!- respondió la vieja» (177); «Cállese, por Dios!» (222); «-Buenas noches les dé Dios» (237); «-[...] Ya vuelvo... si Dios quiere» (237); «-Con el favor de Dios, pero no hay que pensar ni una vez en Francisco Rosas, niña» (315).

Ante todo, como hemos analizado, desnuda este periodo al hurgar las verdaderas causas de la rebelión cristera y al revelar que la cuestión religiosa en realidad hace referencia a la cuestión agraria, y que la patria no es otra cosa que un instrumento en manos de los hombres del gobierno y, en el momento concreto, la identificación con las consignas antirreligiosas de los militares.

A continuación, frente a la desaparición de las imágenes, consecuencia de la persecución religiosa, en la obra de Garro las palabras se sustituyen al medio visual, a través de una serie de sonidos, rumores, golpes, amenazas y advertencias que, como en un proceso de humanización, adquieren carácter independiente, como en el caso de la autonomía del grito '¡Viva Cristo Rey!'. La serie de metáforas (por ej. el pueblo que se escapa de las manos o el insulto de un árbol), comparaciones ontológicas (por ej. Ixtepec que se escurre como una serpiente), formas derivadas con prefijos negativos (por ej. desintegrarse o invisible), colocaciones construidas por preposiciones privativas (por ej. pasadizos sin tiempo), adverbios de polaridad negativa (por ej. nunca) o términos que indican ausencia de algo (por ej. silencio), etc. son la demostración de cómo la autora emplea el material lingüístico de manera muy matérica, casi como si quisiera sustituir con palabras las imágenes y los cuerpos que en la realidad desaparecen.

Por último, hemos observado procesos lingüísticos que bien representan el recorrido de determinados personajes hacia la anulación de cualquier posibilidad de movimiento o migración espacio-temporal. Pese al poder de algunos términos, como la palabra 'fiesta', que logra por algunos momentos devolver el pueblo a una dimensión linear, llegan otros como 'sentencia', que arrojan a sus personajes a la muerte o a una parálisis total, simbolizada por la piedra, que adquiere carácter de eternidad.

Para hablar sobre la Guerra Cristera, Elena Garro emplea, pues, un lenguaje en el que la palabra, tal y como en una oración, posee fuerza y poder, puede ser repetida y puede, sobre todo, invocar.

Bibliografía citada

- Aguilar Camín, Héctor. *Saldos de la Revolución. Cultura y política de México. 1910-1980*. México D.F.: Planeta. 1982.
- Balderston, Daniel. "La nueva novela histórica: historia y fantasía en *Los recuerdos del porvenir*". Mara L. García (ed.). *Elena Garro: un recuerdo sólido*. Veracruz: Universidad Veracruzana. 2009: 95-105.
- Brushwood, John S. *México en su novela*. México D.F.: FCE. 1973.
- Corpas Pastor, Gloria. *Manual de fraseología española*. Madrid: Gredos. 1996.
- Durand, Jorge. "Circuitos migratorios". Thomas Calvo y Gustavo López (eds.). *Movimientos de población en el occidente de México*. México D.F./Michoacán: Centre d'études mexicaines et centraméricaines/El Colegio de Michoacán. 1988: 25-50.
- Eco, Umberto. *La estructura ausente*. Barcelona: Lumen. 1968.
- Garro, Elena. *Los recuerdos del porvenir*. Madrid: 451. 2011.
- López, Damián. "La guerra cristera (México, 1926-1929). Una aproximación historiográfica". *Historiografías*, 1 (2011): 35-52.
- Luque, Rocío. *España en la memoria de Elena Garro y Octavio Paz. Un discurso lingüístico y literario*. Venezia: Studio LT2. 2011.
- . "Los recuerdos del porvenir: un viaje por la memoria a través del lenguaje". Patricia Rosas Lopátegui (ed.). *Yo quiero que haya mundo... Elena Garro. 50 años de dramaturgia*. México D.F.: Porrúa. 2008: 354-362.
- Méndez Rodenas, Adriana. "Tiempo femenino, tiempo ficticio: *Los recuerdos del porvenir* de Elena Garro". Mara L. García (ed.). *Elena Garro: un recuerdo sólido*. Veracruz: Universidad Veracruzana. 2009: 117-128.
- Meyer, Jean. *La Cristiada. Grandeza mexicana*. México D.F.: Clío. 1997.
- (ed.). *Antología del cuento cristero*. Guadalajara: Secretaría de Cultura de Jalisco. 1993.
- . *El coraje cristero. La rebelión de Bayacora*. México D.F.: UJED. 2007.
- Molena Sevilla de Morelock, Ela. *Relecturas y narraciones femeninas de la Revolución Mexicana. Campobello, Garro, Esquivel y Mastretta*. Woodbridge: Tamesis. 2013.
- Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. Id. *Obras completas. El peregrino en su patria*. V. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores. 2002.
- Paz Garro, Helena. *Memorias*. México D.F.: Océano. 2003.
- Poniatowska, Elena. *¡Ay vida, no me mereces!* México D.F.: Joaquín Mortiz. 1985.
- Portal, Marta. *Proceso narrativo de la revolución mexicana*. Madrid: Espasa Calpe. 1980.
- Rosas Lopátegui, Patricia. "Prologo". Elena Garro. *I ricordi dell'avvenire*. Trad. de Rocío Luque. Roma: Aracne. 2010: 9-21.
- Sommers, Joseph. "Entrevista con Elena Garro". Beth Miller, Beth y Alfonso González (eds.). *26 autoras del México actual*. México D.F.: Costa Amic. 1978: 207-209.
- Vázquez Parada, Lourdes Celina. "La narrativa de la guerra cristera". *Sincronía*, 66 (2014): 1-16.

Online Sources

- Albarrán, Claudia; Pereira, Armando; Rosado, Juan Antonio y Tornero, Angélica. "Narrativa cristera". *Elem.mx. Enciclopedia de la literatura en México*. <http://www.elem.mx/estgrp/datos/96> (consultado el 1/10/2017).